



**CELEBRACIÓN DEL TE DEUM,
Miércoles, 21 de MAYO de 2014
IGLESIA CATEDRAL**

Mt. 14, 22-34

Una singular y hermosa tradición Magallánica nos convoca nuevamente en este Templo Catedral, para celebrar la *“gesta de Iquique”* y dar Gracias a Dios por la acción generosa realizada por el Capitán de fragata Don *Arturo Prat Chacón* y los demás oficiales y hombres de mar.

El don de la tradición católica, del que Don Arturo Prat dio decidido y valeroso testimonio, es un cimiento fundamental de identidad, originalidad y unidad de nuestra Nación, marcada por el Evangelio de Cristo. La historia de Chile, con sus luces y sombras, nos conduce necesariamente al paso de Dios por cada rincón de nuestra Patria, y a cada episodio que nos ha tocado vivir como hermanos, entre el mar y la cordillera, entre el desierto del norte y los hielos australes.

Herederos de esa valiosa tradición cristiana y católica, que los hombres de mar han sabido valorar y cuidar en su formación y en su estilo de vida profesional y personal, nos asomamos a un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por la difusión de una cultura lejana y a veces hostil a la tradición cristiana de nuestra patria, también han surgido variadas ofertas religiosas que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan los hombres y mujeres de nuestro Pueblo.

Como respuesta a este nuevo escenario, que demanda de los cristianos una consecuencia y fidelidad a toda prueba, hasta *“heroica”*, podríamos decir, los Obispos de América Latina y el Caribe nos han convocado a una gran *“Misión Continental”*, para que llevemos el evangelio a todas partes, especialmente a los más alejados de la fe y de la Iglesia. En ese contexto eclesial, los Obispos de Chile hemos llamado a celebrar este año una *“Misión Territorial”*, en todo el país.

En este tiempo de inicio de la Misión Territorial, los Obispos de Chile, hemos entregados las nuevas Orientaciones Pastorales, cuyo título es: *“Una Iglesia que escucha, anuncia y sirve”*.

Hoy, en esta acción de Gracias a Dios por la gesta heroica de Iquique, por su Capitán Don Arturo Prat Chacón, sus oficiales y los hombres de mar, deseamos hacer nuestra la invitación que nos han formulado nuestros pastores, para el Chile de hoy.

1.- Invitados a escuchar y contemplar nuestra realidad:

Escuchábamos en la proclamación del evangelio: “... *La barca estaba muy distante de tierra, sacudida por las olas, pues el viento era contrario... De madrugada Jesús fue hacia ellos caminando sobre el mar... Enseguida les dijo: “¡Ánimo, soy Yo, no tengan miedo!”*”.

El texto bíblico leído, nos orienta y puede ayudarnos a mirar con ojos de fe nuestra realidad actual. La fe nos ha embarcado en una travesía que por momentos ha resultado más complicada y exigente de lo que habíamos imaginado. En algunas ocasiones nos hemos sentido algo solos, como si el Señor estuviese demasiado distante de nuestras inquietudes cotidianas. Lejos de la seguridad de la orilla, en una barca sacudida por las olas y el viento, quizá hemos llegado a experimentar temor. Sin embargo, el Señor de la Vida camina a nuestro lado, viene a nuestro encuentro, para quitarnos los miedos, abrir nuestros ojos y ayudarnos a reconocerlo con claridad.

Al escuchar y ver nuestra realidad, surgen inmediatamente nuevas circunstancias a las cuales debemos enfrentar y ser capaces de dar nuevas respuestas, que estén iluminadas desde el evangelio.

Enfrentamos hoy, **un rápido proceso de cambio cultural**. Por doquier surgen nuevas actitudes y nuevos modos de enfrentar la vida. El desafío que representa una sociedad más abierta y pluralista exige reconocer, respetar y valorar las mutuas diferencias, sobre todo aquellas que provienen de la multiculturalidad. El fenómeno de las redes sociales ha traído un nuevo modo de comunicarnos y relacionarnos.

Por otro lado, en estos años, hemos sido testigos de un **hondo malestar social, de un clamor por mayor justicia social** que atraviesa todo nuestro país. Hay un malestar por la mala distribución de los bienes materiales. Ha crecido la desconfianza en los demás y en las instituciones.

Reconocemos que hay también, **una crisis de fe, de identidad y de sentido**. Los rápidos procesos de cambio han puesto en duda los valores que tradicionalmente han dado sentido a nuestra experiencia personal y social. Vemos una preocupación excesiva por el bienestar material, o la búsqueda desordenada de sensaciones fuertes y de placer inmediato. Al mismo tiempo aumenta la dificultad para la comunicación

interpersonal, para confiar en el otro y para comprometer la propia vida en proyectos de largo plazo.

Crece en medio nuestro una cierta indiferencia religiosa, especialmente entre los más jóvenes, quienes, sin embargo buscan nuevas experiencias religiosas que den sentido a su existencia.

Entre nosotros, y así lo manifiestan todas las encuestas de opinión pública, hay **un profundo anhelo de familia**. Para la mayoría de nosotros la felicidad se encuentra en la familia. Sin embargo, vemos con preocupación el deseo de introducir algunos cambios profundos que atentan contra ella y la estabilidad conyugal.

Hemos crecido en la **conciencia del valor del respeto a la creación y a la dignidad de la vida**. Valoramos que exista una relación responsable con la naturaleza y el medio ambiente, pensando en su cuidado y en las generaciones que vendrán. De modo especial inquieta el cuidado del agua. Hay una mayor conciencia de la necesidad de respetar los derechos humanos, y también los derechos civiles y políticos centrados en el principio de libertad e igualdad. Sin embargo, a la hora de defender la vida del niño en el vientre de su madre, no todos estamos de acuerdo en el derecho que tiene de nacer.

2.- Nuestra fe nos impulsa a dar testimonio y servir a los demás

Leamos lo señalado en el texto del evangelio: *Pedro le respondió: “¡Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas!”. Jesús le ordenó: “¡Ven!”. Pedro bajó de la barca... pero al sentir el viento se llenó de temor, comenzó a hundirse y gritó: “¡Señor, sálvame!”. De inmediato Jesús extendió la mano, lo tomó y le reprochó: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”.*

Ante los desafíos que tenemos, el Señor nos invita a ir donde Él, a no temer el viento y la olas y caminar a su encuentro, para que tomados de su mano tengamos la fuerza de servir a nuestros hermanos. En otras palabras a manifestar nuestra fe.

¿Qué otra cosa, si no la fe, impulsó a Don Arturo Prat a saltar desde su nave cuando razonablemente no tenía nada que esperar de su propio gesto? ¡La esperanza! Un cristiano, y Don Arturo lo fue de modo excepcional, tiene dentro de sí una esperanza que le permite vivir “*de otra manera*” frente a aquel que no la tiene. Su vida y sus actitudes reflejan la fuerza que viene de haber tenido un encuentro real con Dios.

Prat fue un hombre de fe, que tuvo a Dios por primero en todas sus acciones y determinaciones, y en cuya Providencia confió plenamente. Esa confianza hizo de él un hombre de esperanza. Muchas veces repitió: “*Dios nos guía, y lo que sucede es siempre lo mejor que puede suceder*”.

Arturo Prat fundaba su esperanza en una profunda unión con Dios. Es hermoso lo que le escribe su amada esposa desde Montevideo: *“es Domingo, vengo de la Iglesia, donde he pedido a Dios que te conforte y ayude”*. Luego, estando en Uruguay se encomienda a la oración de su querida Tía Clara escribiendo a Doña Carmela de Carvajal: *“No olvides escribir a mi tía Clara, y encárgale muy especialmente ruegue a Dios que salga con bien de la misión que se me ha encomendado”* (Cf. 32).

Y antes de salir de Valparaíso para Iquique, en un gesto de humildad y de profunda convicción, recibe el escapulario de la Virgen del Carmen, cito su carta: *“antes de salir, y a pedido de algunas señoras de Valparaíso, toda la tripulación y los oficiales -incluso yo- recibimos el escapulario del Carmen, en cuya protección confiamos para que nos saque con bien de esta guerra”*. *“También me acompaña a bordo la Virgen del mismo nombre y San Francisco. Con tanto protector, creo se puede tener confianza en el éxito”*. Es como si hubiese dicho cada vez, como Pedro caminando sobre las aguas del lago: *“¡Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas!”*.

Al igual, que estos **grandes hombres de nuestra historia**, ahora, nos corresponde a nosotros, dar testimonio de nuestra identidad cristiana y proclamar con fuerza la Buena Noticia del Señor.

El primer desafío que tenemos los creyentes, es tener nuestra **centralidad en Jesucristo**, el Señor de la vida. En el encuentro con Cristo nuestra vida adquiere un sentido nuevo y más pleno. La fe no se reduce a meros contenidos o normas, sino que es ante todo el encuentro personal con Dios que se nos ha manifestado en la persona de Jesús. En este encuentro podremos, sacar la fuerza para proponer a los demás el camino del evangelio.

Es aquí, donde la **vida de Don Arturo Prat** emerge ante nuestros ojos como esa luz que brilla delante de los hombres; en efecto, porque nos ilumina como ninguno el testimonio de un hombre que supo arraigar sus convicciones morales y militares en la hondura del evangelio, sin separar la vida de la fe, y sin contradecirlas en el ejercicio de su oficio.

Nos ilumina el temple y arrojo del hombre de mar, que sacó fuerza en la debilidad y grandeza en la fragilidad, y que supo hacer de sus marinos los héroes que la Patria necesitaba para fraguar su historia con el sello de su generosidad y de su virtud: *“¡Muchachos: la contienda es desigual! Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que esta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva esa bandera flameará en su lugar y si muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber.”*

Jesucristo, el Señor, señalan nuestros obispos, nos impulsa a **recordar el valor y dignidad de toda persona humana**, cualquiera sea su condición. El ser humano está llamado a una plenitud, que los creyentes reconocemos en Cristo: la verdadera Vida se alcanza cuando nos hacemos capaces de gastar nuestra vida en dar vida a otros, tal como hizo el Señor Jesús. Estamos convocados a “vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia”.

Teniendo a Jesucristo como centro de la vida de cada cristiano, nuestra Iglesia, está llamada a **colaborar activamente en la construcción de un país más humano y equitativo**, que como señalamos los Obispos, a “*pesar de nuestras fallas y debilidades, desde nuestra conciencia de fragilidad*” no podemos dejarnos intimidar para dar nuestro generoso aporte en la construcción de un Chile más justo, humano y equitativo.

Es así, que Don Arturo Prat, nos da ejemplo de su sentido del deber y su amor por la Patria, a pesar de las condiciones tan adversas en la que finalizó su misión. Aquella arenga resuena hasta nuestros días como un verdadero testamento de amor patrio, y como ejemplo para las nuevas generaciones, inculcando que vale la pena perseverar en los compromisos adquiridos aunque las dificultades sean superiores a las propias capacidades para enfrentarlas.

Como cristianos, estamos desafiados a **entrar activamente en una sociedad** que considera la pluralidad como un valor y que, por lo mismo, nos invita a colaborar en la búsqueda del bien común para todos. Para poder hacerlo necesitamos cultivar en nosotros actitudes de diálogo y escucha mutua, de respeto a la diversidad y de capacidad de proponer de modo claro y convincente nuestra propia mirada de fe sobre la persona humana y la sociedad.

El Papa Francisco, nos ha propuesto ser una **Iglesia acogedora y misericordiosa**, que acompaña el dolor y muestra a Jesús. Todos aquellos que ejercemos algún tipo de servicio o ministerio dentro de la Iglesia estamos llamados a ser testigos privilegiados de la misericordia de Dios; de modo especial mediante una atenta y generosa escucha a las personas, a sus angustias y alegrías, a sus sueños y esperanzas.

Una Iglesia servidora y samaritana, una Iglesia pobre y servidora de los pobres. Nos interpela el llamado del papa Francisco. Queremos ser una comunidad de creyentes que reconoce el rostro de Cristo sufriente en los pobres; conscientes de que en todo hombre o mujer que sufre es el Señor quien nos sale al encuentro.

Queremos ser una Iglesia que sirve defendiendo la vida en todas sus etapas y dimensiones; desde la conciencia de que “*no existe una vida humana más sagrada que otra, como no existe una vida humana cualitativamente más significativa que otra*”.

Por último, ser una **Iglesia que está llamada a ser servidora del Reino de Dios**, en la escucha comunitaria y corresponsable de la Palabra, en el servicio humilde a la vida de toda persona humana y en el anuncio gozoso de la fe a todos los hermanos y hermanas. Esto lo vivimos en el marco del discernimiento pastoral, indispensable para la misión de la Iglesia. “Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios”.

3.- Nuestra fe cristiana, un aporte para Chile:

Nuestros Héroes, nuestros Santos y nuestros Padres de la Patria, con sus vidas y sus actos, nos enseñan cómo nosotros debemos enfrentar el hoy que nos corresponde vivir.

La concepción de vida cristiana de Don Arturo Prat y compañeros, es la misma que tenemos tantos de nosotros, y que plasmamos en nuestros ideales de servir a Dios, a la Patria y a nuestros hermanos. Hoy, muchos de los jóvenes que ingresan a las Fuerzas Armadas, que entran a un seminario o a una comunidad religiosa, que militan en un partido político, que se asocian a un sindicato, que sirven a los más necesitados desde su formación universitaria, profesional, lo hacen movidos por el mismo espíritu que impulsó la vida de Arturo Prat y de muchos otros hombres y mujeres que han contribuido a hacer de Chile una nación más grande y noble.

Estamos consciente, como lo señaló el Papa Benedicto XVI, de que *“conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”*.

Por ello desde esta conciencia, nuestra Iglesia quiere colaborar activamente en la construcción de un país más humano y equitativo. Deseamos ofrecer con generosidad nuestro aporte en la construcción de un Chile más justo, más humano y equitativo.

Al igual, que Don Arturo Prat, que tuvo una fe profunda en Dios y en la Santísima Virgen del Carmen, y que supo colocar todas sus cualidades al servicio de la patria, nos corresponde, ahora, a nosotros, dar testimonio de nuestra identidad cristiana y proclamar con fuerza la Buena Noticia del Señor.

4.- Conclusión:

Si hoy volvemos a la rada de Iquique no es solamente para desempolvar la historia, sino que para leerla de nuevo, y para desentrañar su valor, su mensaje y su vigencia; volvemos a la gesta heroica de Prat y de sus hombres para encontrar en ella aquellos valores cristianos que la hicieron posible. ¿Y con qué valores y

principios nos encontramos? Con un ambiente de compañerismo y solidaridad entre los hombres de mar; gran responsabilidad de cada uno de ellos frente a su deber; una vida austera, sacrificada y de mucho trabajo. Una obediencia madura y libre frente a la Autoridad; un amor grande por la Patria y su familia; un sano dominio sobre sí mismos, que le otorgaron la capacidad de postergar el dolor, la tristeza y desesperación. En resumen, hombres cristianos que hicieron de su fe una opción de servicio a la Patria y sus compatriotas.

Así también, nosotros, estamos invitados a vivir nuestra fe con un profundo sentido comunitario, de tal manera que con nuestras actitudes y nuestras opciones seamos hombres y mujeres que teniendo firme su certeza en Dios seamos para esta sociedad “profetas de esperanza”.

La vida y el testimonio de fe y esperanza del Capitán Don Arturo Prat Chacón, es una clara invitación a mirar con esperanza y cariño a nuestro Chile e inculcar en las nuevas generaciones, la fe en Jesucristo, para que ellos puedan continuar el caminar de nuestra patria, hacia la tierra prometida.

Encomendamos esta mañana a Nuestra Señora del Carmen, Estrella de Chile y Faro luminoso que alumbra los oscuros caminos del mar, a nuestra Armada, a sus hombres y a sus familias, para que siempre sientan su protección y su auxilio, y el agradecimiento sincero de sus conciudadanos por el servicio que prestan a nuestra Patria.

¡Te Deum laudamus... te alabamos, Señor!